

Carta a ustedes, que tienen entre 20 y 40 años: no permitan que el simplismo de Rodolfo Hernández siga prolongando la anomia social en Colombia

Junio 8 de 2022

Reciban un atento saludo.

Una persona que haya nacido en 1981, es decir, diez años antes de la Constituyente de 1991, está hoy por los 42 años y, si bien pudo tener en la época una cierta conciencia de lo que significaba ese hecho, apenas terminaba su infancia. Una persona que haya nacido en 1991, hoy ronda los 32 años. Una persona nacida 10 años después de la Constituyente de 1991, hoy está alrededor de los 22 años.

La plena, pura, juventud. La feliz juventud.

¿Estarían de acuerdo en que su juventud ha sido, o está siendo plena, feliz, llena de oportunidades, que la vida social les ha dado la posibilidad de acercarse a sus anhelos o, al menos, les ha permitido construir algunos anhelos?

“La anomia social –dice el profesor Víctor Alberto Reyes- puede entenderse como una enfermedad social ... [que contribuye] a unos espacios de exclusión en donde la gente no siente que las instituciones o el sistema mismo le esté respondiendo a sus requerimientos, entonces no siente las obligaciones que éste plantea”

Estoy proponiendo una comunicación con un rango de edad; en él caben todos los contextos económicos, geográficos, espirituales, educativos, de género, de pertenencia, etc. Algunas de estas personas ya son profesionales, tienen o esperan hijos, y –de pronto- hasta nietos, algunas están empleadas, otras desempleadas, han tenido enfermedades catastróficas o no se han enfermado todavía; algunas tienen posgrados, otras no saben leer ni escribir, algunas han estado en prisión o saben de muchas otras personas que les fueron cercanas y ya no están vivas... ¿Podrían ya no todas ellas, pero al menos un porcentaje significativo, decir que la institucionalidad colombiana las ha acogido, protegido, nutrido y, por lo tanto, han tenido una vida social tan plena como sería deseable?

Me pregunto, también, ¿tienen todas estas personas –hablando en general- una idea razonable de lo que fue el movimiento de la constituyente de 1991, de por qué se hizo necesario, de dónde surgió y cómo se desarrolló?, ¿de su devenir? ¿Sabrían reconocer esas fotos en la que Antonio Navarro Wolf, Horacio Serpa y Álvaro Gómez al unísono proclamaron una constitución que por fin iba a garantizar a todo habitante del país el derecho a la vida y, por esa misma vía, a la educación, al trabajo, a la salud, a la igualdad, etc., como ciudadanos iguales ante la ley?

Empecé a ser profesor en 1982: preescolar, trabajo extraescolar con estudiantes en edad de primaria, colegio de bachillerato, instituciones culturales, pregrado, maestría, doctorado y puedo plantear razonablemente desde esa experiencia la hipótesis de que hay un gran desconocimiento de esas materias en sus generaciones.

En un documento anterior¹ divulgué la idea de que el estado de guerra permanente que ha instalado el régimen de las élites económicas en Colombia desde su entronización en el poder, en el siglo XIX, se alimenta del olvido histórico y que el motivo central de ese conflicto en estos tiempos que corren, es la guerra de exterminio declarada por algunos partidarios de la constitución de 1886 (que consagró una noción de ciudadanía blanca, católica, patriarcal y de lengua española) contra la Constitución de 1991 que, sin ser perfecta, abría la vía para un país diferente al declarar a la Nación pluriétnica y multicultural.

Muchos estamos convencidos de que, en este siglo, la persona que más profundamente ha representado (en lo visible, muchas se camuflan para no aparecer a la luz del día) ese ánimo de destrucción de la Nación consagrada por la Constitución de 1991 es Álvaro Uribe.

Una persona que haya nacido en 2002, rondando hoy sus 20 años, ha vivido toda su vida bajo el régimen feroz que inauguró Uribe a partir de su primer gobierno, iniciado en 2002. Ya son bastantes quienes han alcanzado su mayoría de edad en este periodo en el que se impuso a sangre y fuego la consigna de que había que votar “por el que diga Uribe”.

Hay muchas razones para analizar en este fenómeno; retengamos dos. La primera, la desesperanza, siempre la desesperanza.

Reconocer la enorme importancia de una nueva constitución no puede engañarnos: el documento por sí mismo no hace nada; se requiere de un trabajo muy arduo de cambio de mentalidad y de buena fe y buena voluntad colectivas; si no, no será más que letra muerta. La nueva constitución, hay que decirlo, junto con las libertades, los derechos y nuevas dinámicas sociales, vino con el regalo envenado del neoliberalismo, por ejemplo. La producción nacional (en todos los sentidos, incluso el cultural) empezó a enfrentar a un adversario poderoso, la avalancha de producciones venidas del extranjero en condiciones totalmente desiguales. El proceso 8000 (¿conocen en detalle esa historia?) todavía resuena en el campo político. El gobierno Pastrana, del que, se dice, disputa con el que estamos viviendo aún, el de Iván Duque, el título de peor de la historia.

El desatino total de la guerrilla pretendidamente marxista que, en realidad había perdido su programa y terminado vendiendo su alma al diablo, convirtiendo a las personas y su libertad en moneda de cambio y transformándose en un cartel más de tráfico de droga, hechos que deslegitimaban los reclamos justos que las llevaron a

¹ <https://niinvisiblesnissubordinados.com/2022/04/23/civilizacion-constituciones-neoliberalismo-notas-sobre-la-significacion-de-la-candidatura-de-francia-marquez-para-la-educacion/>

rebelarse contra la injusticia, la inequidad y la violencia institucional, endémicas en Colombia.

Estos y muchos más elementos de desesperanza, a pesar de las promesas de la Constitución de 1991.

Claramente, el desafío era complejo. No hay que ser sociólogo para saber que ningún avance social es fácil. Sólo se requiere abrir los ojos y ver, abrir los oídos y oír. Siempre habrá personas de acuerdo y en desacuerdo con los cambios. Las personalidades no pueden estandarizarse, las necesidades no pueden reducirse a unas cuantas categorías iguales para todo el mundo, sobre todo en un país estructuralmente diverso. Los intereses, sobre todo los de los distintos poderes, siempre estarán chocando. Por eso, la política es un arte duro, difícil, espinoso.

Y lo peor que se puede hacer con lo complejo es pretender que puede volverse fácil.

El mayor mentiroso en política es el que te dice que el asunto es simple y, por lo tanto, el diagnóstico de los problemas es fácil; que la respuesta a esos problemas es obvia y que él tiene esa respuesta. Revisen la historia de los grandes fascismos: con gran frecuencia encontrarán en sus orígenes a personajes que lograron convencer a sus semejantes de que gobernar es fácil y que ellos tenían esas respuestas que, a pesar de ser simples, nadie las había visto antes. Así funcionan las sectas. Y sabemos de qué son capaces. Ninguna secta ha cumplido nunca sus promesas de llevar a sus adeptos a la felicidad o la paz. En cambio, sus seguidores honestos han encontrado explotación, abuso y opresión, mientras que su trabajo denodado enriquece al líder que lo sabe todo y sus áulicos.

Con una retórica fácil que se aprovechaba del miedo, del estupor y de la ira, que muy hábilmente transformó en odio, Álvaro Uribe convenció a las mayorías del país de que la solución a los problemas del país era fácil y él la tenía. Pero ni su solución militar contra las guerrillas funcionó (¿hay necesidad de citar nuevamente los más de 6.000 jóvenes a quienes se les robó la vida solamente para alimentar una estadística que ocultara el fracaso de esa política?), ni la “confianza inversionista” de la que tanto se preciaba de haber construido, sirvió de nada para detener el empobrecimiento de la gente y la precarización de las condiciones de los trabajadores... igual esa no era la idea, porque él declaraba sincera y cínicamente que legislaba para los ricos, ¡porque los ricos son los que dan empleo! ¡y los ricos no roban! ¡y la gente le creía!

¡y votaba por él y, luego, por el que él dijera!

Esa herencia es el segundo aspecto a retener: el pensamiento facilista. Como profesor, estoy convencido de es peor que toda la barbarie que instaló a lo largo y ancho del país.

Podemos enfrentar agresiones, dolores, catástrofes naturales, pérdidas; siempre se dice que tenemos una gran capacidad de resiliencia, pero de la degradación el

pensamiento la recuperación es mucho más difícil y más lenta. La degradación del pensamiento es más insidiosa que las pérdidas materiales. No la vemos venir; nos vamos acostumbrando a ver mal, a oír mal, a actuar mal, a tratar mal a quienes nos rodean, a reflexionar mal y con mucha frecuencia esas pérdidas se dan en un ambiente de euforia: nos consideramos felices, rodeados como estamos de asesinatos y de miserias cotidianas; el pensamiento superficial y fácil nos permite el malabarismo que nos impide ver de frente nuestros problemas, nuestros **verdaderos** problemas.

De ese adormecimiento del sentido crítico, del que un pueblo se recupera mucho más difícilmente, surge la tendencia a creer que va a llegar un personaje que ve lo que nadie ha visto, que tiene respuestas simples para todo, consignas que hasta los más brutos de nosotros podemos entender y compartir.

Por eso la candidatura de Rodolfo Hernández es tan peligrosa. Porque su poder reductivo y simplificador resulta muy atractivo a muchas personas. Porque crea una ilusión inmediateista contra la desesperanza de unos, halaga la pereza de pensamiento de otros y ofrece un personaje manipulable a quienes piensan solamente en ganar más poder.

El cansancio, la decepción, la saturación de una situación que no mejora (¿qué tal, por mencionar sólo dos indicadores que todos conocemos, la cantidad de asesinatos de líderes sociales y la carestía de la vida cotidiana que nos deja este gobierno de un presidente cuyo único defecto confesado es el de ser perfeccionista?) no debe engañarnos: una cosa es lo sencillo y otra lo simple. Lo primero remite a lo claro, lo esencial, lo modesto; lo segundo, remite a la falta de profundidad, a la ingenuidad.

La vida es compleja, renunciar a esa complejidad no resuelve ningún problema; al contrario, los agrava. La vida sencilla es honesta, la vida simple es una tragedia social.

A Rodolfo Hernández lo rodea un formidable aparato publicitario que entroniza la simpleza como un valor nacional y no distingue entre la difusión y debate de programas e ideas y el *posicionamiento* de un producto. En general, a los publicistas no les interesa la calidad del producto, sino que se venda. Así, cada acción (incluso no necesariamente buena, dada la exigüidad de la hoja de vida política de Hernández), es magnificada como una gran cosa, esperando que la gente alienada por la faceta más superficial de las redes sociales tenga una risa fácil, una rabia fácil y un pensamiento fácil, lo sienta progresivamente más cercano y actúe guiada por el facilismo.

Pero la elección de una fórmula presidencial -especialmente en un país tan agobiado por el dolor cotidiano y la humillación de los poderosos- no es un chiste, ni es cuestión de 280 caracteres, ni de cuántos *likes* se cosechan. La vida es compleja y negar la complejidad, aparte de ser imposible, sería alimentar el desastre.

Es fácil decir que el gran problema colombiano es la corrupción; es demasiado fácil decir que el remedio es acabar con los corruptos. Eso es tan simple como pensar que para acabar con la pobreza sólo hay que acabar con los pobres. El verdadero problema son las causas estructurales que, o favorecen la irrupción de los corruptos, o llevan a cohonestar con ellos. Más difícil es pensar en cuáles son esas causas profundas. Podrán abrir cárceles más grandes y no se superarán las condiciones de privilegio indebido que el propio sistema, injusto e inequitativo genera.

Pero de eso no habla el programa de gobierno de Hernández. En su primera declaración enarbola su simplicidad: “donde nadie roba la plata alcanza”. Eso no es cierto. Colombia es uno de los países con mayor índice de desigualdad en el mundo y eso no es sólo culpa de “los ladrones”, es responsabilidad de un sistema político injusto que contradice lo que su propia constitución dictamina.

Claro que los corruptos y ladrones son un problema, y muy grave; pero, incluso si le damos crédito a su “solución” de acabarlos enviándolos a la cárcel decretando una conmoción interna y pretendiendo -cosa imposible- que se aprueben leyes en tres días, vemos que lo que hace es ofrecernos una dictadura! Como las que han medrado en América Latina, destruyendo sistemáticamente las libertades y los derechos de la población, al amparo de regímenes de excepción. De otro lado, he leído y consultado todo lo que he podido y no he encontrado registro de una sola denuncia real que haya hecho por corrupción, o datos de a cuántos corruptos haya encarcelado como alcalde el candidato Hernández.

“Acabar” con los corruptos no resolverá por sí solo los problemas de fondo del sistema social. Sacar a todos los ladrones relacionados con la Dian no corregirá la injusticia de un sistema tributario que castiga a los pobres y favorece a los ricos. Que da poder a estos últimos para explotar miserablemente a los pobres, así se les rebautice con mucha gracia como vaquitas lecheras, la ignominia es la misma. Sacar a todos los corruptos de las Eps no nos dará un sistema de salud más equitativo, más justo con los pacientes y con el personal médico, más centrado en la dignidad humana que en el crecimiento de corporaciones que cotizan en la bolsa. Como soy profesor y artista, consecuentemente, nunca he tenido mucho dinero; y sé que el dinero no lo es todo en la vida, pero para el candidato Hernández, todo es plata.

A mi generación le correspondió ver el surgimiento de la Constitución de 1991. No fue perfecta, pero permitía pensar un mundo diferente al que nos heredó el siglo XIX: desigual, discriminativo, patriarcal y profundamente marcado por los intereses de las voraces élites económicas. Permitía pensar colectivamente en la cultura, en la historia, en los vínculos, en la verdadera ética... Amenazar el justo derecho de los docentes a sindicalizarse, ampliar cupos o financiar unos cuantos estudiantes con plata del propio bolsillo, o de donde sea, no hace mejor el sistema de educación, basado en la política de competencias y éxito laboral global, medido en dinero. Nombrar montones de mujeres en la administración no exterminará automáticamente el patriarcalismo, el racismo estructural ni la inequidad del sistema político.

Lo que requerimos como Nación es programas de gobierno serios y no un sartal de declaraciones efectistas.

Lo que requerimos es un cambio, no de líder autoritario, sino de régimen. Y la alternativa que tenemos hoy es el programa Petro-Márquez, sí de los dos, porque claramente la elección de Francia Márquez como fórmula vicepresidencial dio un giro fundamental al ejercicio de la política colombiana y ese es un hecho innegable, un avance que con el tiempo se hará mas evidente para la población.

Pero no es solamente porque esa sea la fórmula que se opone al continuismo que representó muy bien Federico Gutiérrez: *plata es plata*, así haya que pasar por encima de la ley.

Sabía, claro, de Gustavo Petro, pero fue un día de 2004 cuando me detuve a ver en el canal institucional un debate que adelantaba Petro sobre la masacre de una delegación judicial en Guaitarilla. Su impresionante intervención demostraba una gran capacidad de investigador, una honradez en el discurso y un valor civil para decir lo que se debe decir cuando el poder se ejerce sin ética y sin sentimientos. En ese momento me dije: éste es un hombre a tener en cuenta.

Y su trayectoria de debates y denuncias contra la corrupción y sus planteamientos de economista me dan la confianza para creer firmemente en que el suyo es un programa que Colombia necesita para ser más justa y equitativa. A la enorme importancia de la presencia de Francia Márquez en el más alto nivel del debate político hoy en Colombia, ya me referí en el documento que ya mencioné.

Cerrando la jornada de la primera vuelta de las elecciones presidenciales, un Fico (término con el que se infantiliza a sí mismo) desencajado, amargado, viendo semejante desastre después de haberse jugado su imagen, su patrimonio político y hasta su prestigio personal; sabiéndose solo, comprendiendo que él también había caído en la manipulación uribista que, después de aprovecharse de él, lo abandonaba miserablemente a su suerte (al menos desde una semana antes), masticando el rencor y probablemente sin saber a dónde dirigir su furia, anunciaba su voto por un candidato al que había despreciado olímpicamente.

Nos daba una de las imágenes más logradas del uribismo: cínico y oportunista, el partido que lo había acogido, despreciando a su propio candidato que ya no le resultaba útil, no tenía una sola palabra de gratitud, afecto o de apenas conmiseración: lo explotaron mientras pudieron, le exigieron más de lo que podía dar y, al final del día, lo desecharon miserablemente. Luego vendrían otros políticos, tanto o más improbables, a destruir su carrera política rogando al nuevo fenómeno, en un frenesí de rencor, que los recibiera en su campaña.

Mientras tanto, los periodistas afectos al sol que más caliente, con cinismo, o con ingenuidad (prácticamente lo mismo, tratándose de periodistas), fieles la mayoría al mejor estilo farandulero y vociferante, anunciaban como si siguieran un guion preestablecido, el acontecimiento de la jornada: el ascenso del “ingeniero” como el

nuevo fenómeno de la política, cuando había quedado en segundo lugar a una amplia distancia. La noticia, pensaría cualquier persona seria, era la amplia victoria del Pacto Histórico, pero el mensaje de las grandes cadenas (que son también, a no dudarlo, grandes negocios) se ponía en marcha: el rumbo ahora será el de la Rodolfoneta (la superficialidad de la reflexión es muy afecta a los epítetos simplones).

Los resultados de esa primera vuelta apuntan a la innegable derrota del uribismo. “Un cadáver político”, denomina Gustavo Álvarez Gardeazabal a Álvaro Uribe, pero no, aún le queda un as en la manga, y es fuerte. El adormecimiento general le permite fortalecerse en la penumbra. El monstruo uribista, el monstruo que cultiva la ignorancia como estrategia política, no ha muerto y esgrime taimadamente su última jugada para estas elecciones: si ya la gente, hastiada, dolida, pero empoderada, dice NO a los que diga Uribe, arriesga seguir bajo su imperio obedeciendo dócilmente al dictamen del que, según Uribe, no puede ser.

Ahora dictamina a quiénes hay odiar. Quienes *no pueden ser* hoy son Gustavo Petro y Francia Márquez, manda decir Uribe.

Cualquiera, con tal que no sean ellos. Así sea un político mediocre con un programa inflado y sobrevalorado. Literalmente: cualquiera. Y el destino les puso en el camino al “ingeniero”. Podían haber sido otros los que estuvieran en ese lugar; el país está sembrado de personajes cuidadosamente cultivados por las décadas de miseria del pensamiento propiciado por la política uribista.

Hemos asistido a la degradación de las figuras uribistas: después de Santos, quien se le rebeló, un impresentable Zuluaga, que en estas recientes elecciones cumplió un papel deplorable. Hasta lástima dan; es muy triste ver cómo terminan estos escuderos en lugares que van desde el desprecio, hasta la cárcel. Y es indignante ver cómo tanta gente insiste en no querer darse cuenta de que esa es herencia visible del uribismo.

Parecía que el escalón más bajo de esa cadena de degradación era Iván duque. Un personaje lamentable que hizo un gobierno lamentable, pero elegido porque fue el que dijo Uribe. Ahora, en medio del desastre que han creado, saludan al nuevo fenómeno: un personaje que lo único que tiene como credencial para ser presidente es estar en el lugar de ser el opositor al que Uribe dice que no puede ser.

Esto no es un chiste.

Las masacres, el hambre, la desesperanza, no son un chiste. No puede ser que las mayorías colombianas terminen eligiendo la forma más degradada de la política, encarnada en un personaje autoritario, ignorante, intolerante e incapaz que dizque va a recuperar al país del enorme desastre creado por una extrema derecha cuya absoluta soberbia no le permite desmontar una mínima parte de sus enormes privilegios, en un país en el que todavía grandes cantidades de niños mueren de

hambre y sed, junto al lecho seco de un río que fue desviado para hacer más ricos a los asquerosamente ricos.

Ustedes, quienes tiene hoy entre 20 y 40 años, tienen unas expectativas de vida que pueden estar entre 30 y 60 años más. Yo soy una persona que ya va entrando en lo que se ha dado en llamar la tercera edad y, aunque sigo luchando por un mundo con más justicia y seguiré haciéndolo hasta cuando sea posible, hago parte de unas generaciones que ya tomaron sus decisiones y marcaron sus rumbos, sus deseos y sus renunciaciones. Tengo amigos que se pensionaron hace veinte años, sobrinos nietos, exalumnos a quienes casi no reconozco ya cuando los cruzo en la calle.

A ustedes les corresponde hoy preguntarse y no ser indiferentes. Les corresponde preguntarse seriamente en esta juventud plena que están viviendo qué clase de mundo quieren para esas 3, 4, 5 décadas que estarán viviendo con los sistemas de salud, de trabajo, de educación que tenemos hoy.

Tomo al azar un libro y abro al azar un relato: Pasolini, ¿les dice algo ese nombre? ¿sus películas? Era uno de los ídolos de mi generación... ¿han visto la conmovedora lectura de *El Evangelio según San Mateo* (1964) hecha por un comunista o la feroz sátira al fascismo de la sobrecogedora *Saló o los 120 días de Sodoma* que, dicen algunos, le costó la vida... El escrito que abro es un comentario a una novela de un ignoto escritor ruso (Fiodor Sologub, *El trasgo*), quien hace un retrato implacable de la pequeña burguesía –la misma que ha traicionado todas las revoluciones- y finaliza con algo que asumo como una advertencia hacia el unanimismo que nos quiere imponer la cultura neoliberal, escudado en discursos simples de “centro” y de “neutralidad”: “Hay que estar fascinados y enamorados de *todos* los seres humanos para escoger una parte de ellos y condenar a la otra”.

El problema, siempre es de justicia.

Les pido que consideren esta opinión: un gobierno Petro-Márquez que piense en solucionar necesidades reales de gente real, nos acercaría un paso más a la Constitución de 1991; un gobierno Hernández-Castillo, que se mueva por el pensamiento de una sola persona que no ha estudiado de lo que habla, profundizaría el estado de anomia y nos acercaría un paso más al fascismo declarado. Tenemos la posibilidad elegir.

Atentamente,

Miguel Huertas
Profesor de artes, Universidad Nacional
<https://niinvisiblesnisubordinados.com>
niinvisiblesnisubordinados@gmail.com